



Cuenca (España), 5 de noviembre de 2011

Era una tarde fría de noviembre. Una tarde fría y demasiado triste, pensó Ávalos mientras observaba su rostro ajado reflejado en el cristal de la ventana. Estaba aún más delgado que de costumbre. Algunos de los escasos cabellos lacios se indisciplinaban a la derecha del cogote. En aquel doble suyo que aparecía en el cristal no se apreciaba el tono rojizo del cabello, ni tampoco las manchas que la vejez había pintado en sus manos. Pero había cosas que el tiempo no había cambiado: seguía siendo un hombre alto, de rostro ovalado y mirada melancólica y azul.

Más allá del cristal de la ventana la calle Alfonso VIII se mostraba casi desierta. La tarde moría sobre ella y al sepelio apenas asistía un puñado de viandantes. Ávalos reconoció a dos vecinas de la calle Pilares arrebujadas bajo sus abrigos. Las mujeres caminaban hacia la plaza Mayor combatiendo al viento, que arrastraba alguna hoja seca.

Instantes después, junto al semáforo situado frente a La Alacena, justo donde la calle Alfonso VIII se estrecha mirando de cara a los arcos que sostienen el edificio que alberga el Ayuntamiento, se detuvo un vehículo oscuro. De él descendió un hombre que vestía un elegante abrigo negro. El desconocido se tocaba con un sombrero, algo que al viejo maes-

tro de escuela le resultó a la vez gracioso y llamativo. Hacía mucho tiempo que no veía a nadie luciendo una prenda así. Y mira que a Ávalos le gustaban los sombreros. De hecho, su uso era una de sus excentricidades, aunque sin duda era la menor de todas ellas.

Siguió con la vista al hombre del sombrero, que pareció doblar la esquina en la calle Fuero. Su atención se centró entonces en el modo en el que la tarde emborronaba los colores amarillos, ocres y azules de las fachadas de los números impares de la calle. Los «rascacielos» de Cuenca* contemplaban impasibles el paso del tiempo.

¡El paso del tiempo!

Gerardo García Ávalos buscó con la mirada el tiempo perdido. Recorrió con los ojos aquella habitación atestada de libros en la que una enorme mesa de madera de nogal sostenía varias montañas de folios que, todos juntos, conformaban una cordillera sin nombre. Y en medio de los papelotes se erguía la vieja Olivetti, cuyas teclas, de tanto aporrearlas, habían dado una forma concreta a los dedos de Ávalos.

Las paredes estaban pintadas con un tono ocre claro. Sobre ellas se apoyaban estanterías y armarios llenos de libros. Había tantos libros que los muebles resultaban insu-

* El casco antiguo de la ciudad de Cuenca se encuentra enclavado entre las hoces de los ríos Huécar y Júcar. Uno de los rasgos característicos de su arquitectura es la verticalidad de sus construcciones, como las existentes en la zona del barrio de San Martín. Desde la Edad Media se excavó en la roca viva para ganar espacio, y el paso del tiempo ha confectionado la insólita apariencia de algunos edificios que tienen tres, cuatro o cinco plantas en la fachada de acceso a los mismos (los números impares de la calle Alfonso VIII), mientras que en la fachada posterior, la que se asoma a la hoz del Huécar o a la calle de Santa Catalina, pueden alcanzar los diez o doce pisos de altura. De manera que entrando en esos edificios por los minúsculos portales situados en la acera de enfrente a la casa del personaje de la novela el visitante se siente desconcertado, pues en ocasiones puede ver cómo en lugar de subir baja por una escalera, por debajo del nivel de la calle desde la cual accedió al edificio. La casa de Ávalos, sin embargo, muestra una estructura diferente, pues se trata de una única vivienda cuyas diferentes piezas se sitúan en cada uno de los pisos uniéndose entre sí a través de una angosta escalera.

ficientes para acogerlos y se desparramaban también por los suelos de madera y por las estrechas escaleras que conducían a las habitaciones inferiores. Uno podía encontrárselos igual en la cocina que en los dormitorios. Eran, ciertamente, una plaga contra la que Ávalos no pretendía luchar.

En los espacios que las estanterías dejaban libres en aquel estudio, alguien había colocado unas fotografías de los más variados tamaños en las que se ofrecían diversos ángulos de un monumento funerario. En los planos más amplios se observaba la tierra rojiza de un camposanto sobre la cual se alzaba aquel impactante grupo escultórico en el que toda la atención recaía de inmediato sobre la figura de un hombre que parecía rebelarse contra su destino y emergía de la tierra aún envuelto en su sudario y con la lápida sepulcral sobre la espalda. Con medio torso escapando de la muerte, huyendo del paso irreversible del tiempo, el hombre de mármol blanco alzaba la mano derecha al cielo en un gesto cuyo sentido se prestaba a toda suerte de interpretaciones. Ávalos no sabía si aquel hombre barbudo trataba de cubrir su rostro de la luz del sol o de la ira de Dios. Por otro lado, ¿era un gesto de protección o era un reto lo que proponía? Mientras, la mano izquierda se apoyaba firmemente en la roca para permitir el impulso del poderoso brazo. Se diría que el escultor había sorprendido al resucitado unas décimas de segundo después de iniciar su evasión y unas décimas de segundo antes de escapar definitivamente de la muerte.

Ávalos sintió sus doloridos dedos y admitió estar más lejos que nunca de la solución del enigma que proponían aquellas fotografías. En las últimas semanas las había estudiado durante horas con la esperanza de que el nuevo escrutinio le ofreciera la luz que anhelaba. Pero finalmente se había rendido, y estaba seguro de que solo un hombre podría ayudarlo en su búsqueda: el mismo que desde hacía tres me-

ses había puesto en sus manos una información tan extraordinaria como, según el remitente, peligrosa. Una información que lo había conducido hasta la tumba retratada en las fotografías. Una información que llegaba en forma de cartas tan puntuales como discretas, sin remite, sin pistas, sin otra cosa que no fuera la impactante firma de su autor: Nemo.

El desconocido informador se había tomado muchas molestias para hacer llegar las cartas de modo que Ávalos no pudiera localizarlo. Cada semana aparecían en el buzón. El destinatario no sabía quién las traía, y eso que se había esforzado en vigilar (después de todo, estar jubilado tiene enormes ventajas, y una de ellas es poder gastar el tiempo en lo que a uno realmente le apetezca, aunque sea algo tan improductivo como acechar su propio buzón).

Pero, inesperadamente, la estrategia del autor de las misivas había dado un quiebro insólito en la última entrega. En la última carta, el misterioso Nemo indicaba a Ávalos una dirección en la cual encontrarse. Ya no habría más cartas, anunciaba. El relato que Nemo había compartido con Ávalos llegaba al final, y si cuanto le había sido revelado era tremendamente peligroso, según el peritaje del tal Nemo, lo que restaba por revelar exigía una entrevista personal.

Ávalos sacó del bolsillo de su chaqueta de punto su preciado reloj Thos Russell & Son Liverpool. Miró la hora. Capellán no tardaría en llegar, se dijo, y él tenía aún que preparar varias cosas para la cena. Al pensar en ello, la nostalgia empapó su mirada azul y acarició con dulzura las dos tapas chapadas en oro del reloj. En una de ellas se leía la expresión latina *Tempus fugit*.

—El tiempo se escapa —murmuró traduciendo la frase grabada.

Sonrió levemente al recordar de qué manera había llegado a sus manos aquel reloj. Luego deslizó sus dedos por la cadenita, como si repasara las cuentas de un rosario. Después, buscó entre sus recuerdos los ojos negros de Alejandra, la única mujer a la que había amado, la mujer que fue su novia ante el altar en la única boda que Ávalos había celebrado. La misma mujer que murió cuando él estaba lejos de su lecho acechando las pistas que conducían a los sueños que había perseguido toda su vida; los sueños que, más que la singularidad de lucir sombreros y mirar el tiempo en un reloj de bolsillo, lo convertían ante los ojos de los demás en un tipo excéntrico.

El maestro jubilado rebuscó entre sus fuerzas las necesarias para ahuyentar las lágrimas, bajó por la estrecha escalera hasta la cocina y comenzó a trajinar en ella. Tenía previsto el menú desde hacía días, y ya por la mañana había preparado algunas cosas. Consistiría en un poquito de ajoarriero, un plato local típico a base de bacalao, patatas, pan rallado, ajos, huevos cocidos y aceite de oliva que a Alejandra le encantaba. Ella lo preparaba como nadie, según el gusto de Ávalos. Y de segundo, unas chuletas de cordero de la mejor calidad y cuyo condimento era un secreto de Estado que el maestro jamás revelaría. Y sí, claro que sabía que a Alejandra no le hacía mucha gracia la carne, pero qué se le iba a hacer.

Como postre le había comprado a la señora María Jesús, que regentaba La Alacena, un buen queso manchego que ella misma eligió entre el amplio surtido de su colmado. Sobre el vino no hubo dudas: descorcharía, como hacía siempre en la cena de cada 5 de noviembre, el mejor Valdepeñas que tuviera, aunque eso suponía olvidar las instrucciones que el médico le tenía dadas.

Eran las siete de la tarde y Capellán aún no había llegado. Por primera vez desde que lo conocía el viejo maestro

se sentía incómodo con aquella visita. No había sabido decirle al periodista que prefería que pospusiera su encuentro, que el 5 de noviembre no era un día cualquiera. Pero quería a Capellán como si fuera el hijo que no había tenido, aunque gran parte de aquel cariño se debía al hecho de que su verdadera hija jamás le hubiese perdonado que no estuviera junto a su madre el día en que Alejandra falleció.

A pesar de eso, no sería justo quitarle sus méritos a Capellán, a quien Ávalos conocía desde hacía veinte años, cuando ambos coincidieron en uno de esos extravagantes congresos organizados por gentes como ellos, tipos que aman el misterio más que sus propias vidas, buscadores de tesoros, rastreadores de pacotilla del Santo Grial, apasionados de la Sábana Santa o del supuesto espíritu atormentado que vaga por cualquier caserón remoto. Gente que vivía en un mundo aparte, capaz de dejarse arrastrar a cualquier vega perdida simplemente por la endeble pista que suponía el relato de un anónimo aldeano que decía haber visto una fantasmagórica luz en medio del páramo.

En la época en que ambos se conocieron Capellán era un joven estudiante de periodismo que escribía regularmente en revistas especializadas en temas de misterio, e incluso había publicado un ensayo exitoso. Por su parte, Ávalos era un investigador cuarentón sobradamente conocido en aquellos círculos de excéntricos, en los que era considerado una leyenda.

De manera que Ávalos apreciaba de verdad a Capellán porque ambos tenían mucho en común, o eso le parecía al viejo maestro de escuela. En cambio Alexia...

Era cierto que Alexia, la única hija que Alejandra y él tuvieron, lo visitaba ahora con más frecuencia después de que, ocho meses atrás, un infarto estuvo a punto de llevárselo para el otro barrio.

Alexia venía a menudo desde Madrid hasta Cuenca y reñía a su padre:

—Papá, no estás para vivir aquí tú solo, ¿no te das cuenta? —Y mientras hablaba miraba aquellas escaleras estrechas y severas que unían las diferentes piezas de la vivienda.

Él sonreía y negaba con la cabeza. Le hablaba del tío Tomás, del valor sentimental de aquella casa. Pero ella se enojaba aún más cuando le mentaba al tío Tomás.

—El tío Tomás no fue más que un vividor, un elemento que vivió del cuento toda su vida porque tuvo un puñetero golpe de suerte.

Y si él pretendía volverle a contar el modo en el que el tío Tomás se hizo rico, ella lo interrumpía. Conocía la historia desde hacía años porque Ávalos se la había relatado, pero ella no lo creía. Se había cansado de las historias fantásticas de su padre hacía mucho tiempo, desde que dejó de ser una niña.

Ávalos tenía mucho que agradecer al tío Tomás. Además de ser su padrino y regalarle de joven la primera Hispano-Olivetti que tuvo, el tío Tomás sorprendió a todo el mundo cediéndole en herencia aquella casa singular en el corazón mismo de Cuenca.

—Si no crees que sea cierto lo que te he dicho sobre cómo se enriqueció el tío Tomás, ¿tienes alguna explicación alternativa?

Alexia no podía responder. Pero no estaba dispuesta a admitir ni un relato más de los típicos de su padre.

La familia había sentenciado al tío Tomás mucho antes de que la propia Alexia naciera. Había tenido suerte, el muy bribón. Se le vio hasta el último de sus días acariciando el trasero de un par de muchachas de no más de veinte años cuyos gastos sufragaba a cambio de... Ávalos quería pensar que era a cambio de compañía, pues a la edad en que el tío Tomás murió en la cama con las dos jacas flanqueándole no

imaginaba que pudiera permitirse otros excesos. Y es que al tío Tomás se lo llevó el Señor con sus buenos ochenta y tres años a cuestas y una sonrisa beatífica en el rostro que fue objeto de las más variadas hipótesis.

—Deberías venirte a Madrid conmigo —insistía ella—. ¿Qué pintas aquí tú solo?

Él sabía que no podía mencionar nada sobre sus extravagantes ideas del Santo Grial y la catedral de Cuenca sin que su hija disparara toda aquella artillería suya cargada de razones y ciencias. Pero él llevaba gastada buena parte de su vida en aquella búsqueda, y había concluido que la solución al embrollo del mítico grial se encontraba allí, a un paso de su casa, en la catedral conquense.

Y si no podía mentar el Santo Grial ni tampoco compartir con ella las aventuras del tío Tomás, ¿cómo iba a hablarle a su hija de las cartas del misterioso Nemo? De modo que se limitaba a responder que le hacían bien los paseos por el camino de San Julián el Tranquilo, que aquellas vistas sobre la hoz del río Júcar eran media vida y un soplo de alegría para su corazón.

—¿Tu corazón? ¿Crees que le viene bien a tu corazón subir y bajar escaleras todo el rato? Ya no estás para esas caminatas que te dabas antes —le recordaba ella.

Pero él no cedía. Seguiría en la casa que heredó del tío Tomás y, mientras pudiera, caminaría por la sierra, una costumbre a la que había arrastrado a Capellán cuando el periodista lo visitaba. Y fue precisamente durante una de aquellas caminatas cuando resolvió el acertijo de la primera carta que Nemo le había enviado.

Sucedió cinco meses antes de aquel atardecer del 5 de noviembre. Por entonces, Ávalos había comenzado a espabilar-

se tras el infarto. Poco a poco había ido perdiendo el miedo y había recuperado el hábito de caminar por los alrededores de la ciudad. Cada día se sentía más fuerte, y cada día fue alejándose de su casa un poco más durante los paseos.

Aquella mañana de domingo Miguel Capellán lo acompañaba y le confesaba que seguía seco de ideas, que no se le ocurría nada que pudiera servir para una segunda novela. Habían transcurrido ya siete años desde que publicara su primera y única novela, la que lo aupó a los primeros puestos de ventas, la que momentáneamente llenó sus bolsillos, la que lo hizo viajar a Europa y América de presentación en presentación, la que se tradujo a varios idiomas y la que, mira tú por dónde, lo había enterrado como escritor. La chiripa de su propio éxito había desvelado la incapacidad de Capellán como novelista. Era una paradoja, pero no por ello era menos cierto. Capellán se sentía acabado.

—Tal vez lo tuyo no sea la novela —aventuró Ávalos.

Capellán arrastraba los pies junto al viejo maestro de escuela cuando llegaron a la fuente del Pórtland, cerca del Auditorio. En otros tiempos, Ávalos hubiera acometido la subida al cerro del Socorro con paso firme, pero ahora no se atrevía. Como mucho, podía probar a llegar hasta el Parador Nacional y cruzar después el puente de San Pablo.

—¿Subimos hasta el puente? —preguntó a Capellán.

El periodista asintió maquinalmente con un leve movimiento de cabeza. La mirada perdida en el suelo, la mente rumiando la última frase que había pronunciado el viejo maestro. ¿Estaría en lo cierto Ávalos? ¿Y si resultaba que él, Capellán, tenía un concepto demasiado elevado de su propio ingenio?

—Mírame a mí —prosiguió Ávalos—: he escrito más de una docena de ensayos sobre enigmas históricos y no he vendido entre todos juntos ni cinco mil ejemplares, y aquí estoy, tan feliz.

Aquel era un pobre consuelo para Capellán, a quien le resultaba inexplicable que G. G. Ávalos — así firmaba sus libros el veterano autor — no hubiera tenido éxito con sus obras. No conocía a nadie que escribiera tan bien. Sus ensayos eran pequeñas obras de arte, ricos en datos, con cuidada prosa, de fácil lectura, exquisitamente estructurados y, sin embargo, Ávalos era un don nadie como autor. Solo era considerado como una eminencia, como un autor de culto, entre un reducidísimo grupo de amantes del misterio entre los que Capellán se encontraba desde hacía mucho tiempo, desde antes de que ambos se vieran por vez primera.

— Por ejemplo, ahora tengo entre manos una historia que tal vez podría servir para una novela — dijo de pronto el maestro jubilado —. Pero no sé cómo empezar, simplemente porque soy incapaz de saber si me asomo a la barandilla de la locura o de una aventura extraordinaria.

Capellán atiesó las orejas de inmediato y requirió más información. ¿En qué andaba metido Ávalos? ¿De qué estaba hablando?

Antes de llegar al puente de San Pablo el maestro se detuvo y tomó aire. Le temblaban las piernas y la luz del mediodía hería sus ojos. El aire olía a encinas, a sabinas y a rosales silvestres. Frente a ellos las Casas Colgadas* desafiaban la lógica y se burlaban del miedo. Ávalos hurgó en uno de sus bolsillos, sacó un papel doblado, lo desdobló con cuidado y se lo mostró a Capellán. El periodista miró la primera carta de Nemo y luego alzó los ojos buscando una respuesta en los de Ávalos. El maestro se encogió de hombros y el periodista regresó al papel:

* Grupo de edificios civiles que cuelgan literalmente sobre la hoz del Huécar. Tres de esas construcciones de origen medieval son las más famosas. Tienen una audaz estructura con balcones de madera. Actualmente son la sede del Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca y también acogen un restaurante.

HBGNTXNQGXTIKPMWQBRBPIDPWYPZRFLRCYNZK-
KDDZOAKSNSBZPGDMQAONMDQWBQODJAKQVIBAP-
AMHYWLRMNXNQGXTIKPMWQBAPRVBFBOYTQBYFZ-
DQXQKRZRLNLCGLXULPNDZNRJCBFSCMMB

¿Quién diablos había escrito aquel galimatías? ¿Qué significaba aquella charada? ¿Quién era el tal Nemo que firmaba la nota?

—El único Nemo que yo conozco es el personaje de Verne —dijo al cabo de unos segundos Capellán.

Ávalos asintió en silencio. Sus ojos se perdieron en el fondo de la hoz del Huécar y sostuvo el órdago del vértigo que producía aquella visión antes de responder.

—Alguien dejó eso dentro de un sobre en mi buzón hace unos días. —Sus palabras se perdieron en el fondo del barranco—. Te aseguro que he releído de un tirón estos días *Veinte mil leguas de viaje submarino** y *La isla misteriosa*** , que son las dos novelas donde el personaje de Nemo aparece, pero sigo igual de desorientado.

—¿Por qué cree que le han mandado este mensaje? ¿Qué tiene que ver usted con Verne?

—Le he dado muchas vueltas a eso. Como sabes, he publicado en varias ocasiones artículos sobre Verne. De hecho, hace unas semanas escribí uno para una revista sobre la vida amorosa de Julio Verne. Pero no sé qué puede tener que ver con esta carta. —Cogió el papel de entre los dedos de Capellán, lo dobló con delicadeza y lo guardó en el mismo bolsillo de donde lo había sacado minutos antes. Después, echó a andar con paso firme por el puente de San Pablo. Capellán lo seguía como un perro faldero.

* *Veinte mil leguas de viaje submarino* comenzó a publicarse en 1869.

** *La isla misteriosa* comenzó a publicarse en 1874.

—¿Vida amorosa? ¿Qué clase de amores? —El periodista miró al maestro de escuela con admiración. Aquel hombre era una fuente inagotable de sorpresas. ¿Qué más cosas insólitas sabía Ávalos? ¿Qué más podía plagiarle Capellán?

Ávalos le prometió que de regreso a casa le dejaría leer el artículo de marras, pero insistió en que no veía qué relación podía tener con la misteriosa nota. A lo que Capellán respondió con un silencio primero y con una frase de compromiso después que resultaría a la larga clave en todo aquel embrollo.

El periodista imitó al veterano escritor y miró al fondo del barranco desde el puente. El impactante corte vertical en las rocas lo asustó y dijo:

—Si nos precipitáramos desde aquí solo un milagro nos salvaría. Y, ya puestos a pedir aventuras, podríamos caer en una barca, en una balsa o algo así para navegar un rato. Algo muy del gusto de Julio Verne.

Ávalos se giró y lo miró de arriba abajo. Y, cuando estaba a punto de decir lo idiota que le parecía el comentario, se contuvo. Si Capellán hubiera sido tan perspicaz como siempre creía ser se hubiera dado cuenta de que una idea había prendido en aquel mismo instante en la mente del viejo escritor. Pero Capellán, como tantos otros que habían copiado literalmente muchos párrafos de los libros escritos por Ávalos sin tener la decencia de citarlo, que habían plagiado su estilo, que se presentaban como lo que nunca habían sido pues ninguno de ellos había pateado media Europa a golpe de calcetín buscando todos aquellos enigmas que luego encerraba en libros que apenas se vendían, no le llegaba a la suela del zapato al maestro de escuela jubilado.

Habían pasado cinco meses desde que Ávalos, durante aquel paseo con Capellán, sintiera el vértigo de su descubrimiento. Un vértigo muy alejado del que provocaría a cualquiera mirar al fondo de la hoz del Huécar desde lo alto del puente de San Pablo. Habían pasado cinco meses desde que creyó ser capaz de descerrajar el candado con el que el misterioso Nemo había protegido su primera carta.

En el presente que vivía en aquel atardecer del día 5 de noviembre, mientras disponía sobre su mejor mantelería la cubertería para dos con la que Alejandra celebraba las grandes ocasiones, el maestro de escuela desviaba de vez en cuando su mirada triste desde los platos hasta el tramo de la calle Alfonso VIII que dominaba desde su domicilio. Tenía gracia, pensó, que de nuevo Capellán estuviera a punto de aparecer esa tarde como un estorbo, como una incómoda visita que desconoce que interpreta ese papel.

Aquella misma mañana el periodista había anunciado por teléfono su intención de visitarlo, y Ávalos no encontró las palabras oportunas para decirle que no, que mejor dejara el paseo desde Madrid hasta Cuenca para otro día, que el día 5 de noviembre era muy especial, y que casi siempre tres son multitud. Pero perdió su oportunidad en uno de esos escasos

momentos en que Capellán guardó silencio (una tregua insólita, pues Capellán apenas lograba estar callado treinta segundos).

Ávalos sospechaba que cuando su amigo llegara lo incomodaría con preguntas sobre quién era el segundo comensal que esperaba para la cena. El maestro temía tener que responder. Cualquier otro hubiera sido lo suficientemente discreto como para no hacer esa pregunta al ver aquella mesa dispuesta para dos, pero sabía que Capellán no lo era, y se interrogaba a sí mismo en ocasiones sobre si todos los periodistas eran exactamente igual de metomentodo que Miguel Capellán.

Aquella otra mañana ya lejana, la mañana en que sobre el puente de San Pablo el comentario infantil de Capellán activó el ingenio de Ávalos, el maestro también deseó estar solo de inmediato, quitarse de encima al inoportuno acompañante e iniciar la inmersión en la teoría que lentamente iba dando forma mientras subían por la calle Canónigos buscando la protectora sombra de la catedral. Pero también entonces Capellán se interpuso entre él y su deseo de confirmar su teoría cuanto antes, porque al pasar junto a la taberna El Botijo el periodista se empeñó en invitarlo a un aperitivo.

—Te lo agradezco, de veras, pero aún no tengo hambre —argumentó Ávalos tratando de zafarse del imprevisto obstáculo.

Pero la verborrea de Capellán hizo que sus débiles protestas apenas fueran escuchadas. Que no, hombre, que no, insistió el periodista mientras colocaba unas sillas para que ambos tomaran asiento bajo una sombrilla al tiempo que, con presteza, alzaba la mano solicitando la presencia del camarero.

Una ración de pisto y otra de ajoarriero después, ambas mojadas con dos cañitas de cerveza, Ávalos creyó verse libre

al fin tras abonar la cuenta (lo habitual, pues Capellán mostraba siempre inclinación a invitar para que otro pagara), pero no fue así. Resultó que la cerveza refrescó la memoria de Miguel y cuando pasaban bajo los arcos del Ayuntamiento arruinó las esperanzas del maestro.

—Ya que estamos medio comidos y ando sin prisas, a lo mejor me subo a su casa para echarle un ojo a ese artículo suyo sobre los amoríos de Verne.

Ávalos se agarró a un bastón invisible para no caerse y durante unos segundos deseó tener en verdad una cachaba a mano para romperla sobre el lomo de su irritante compañía, aunque era muy probable que ni siquiera a garrotazos se lo quitara de encima. De manera que unos minutos después estaban los dos en el estudio de Ávalos. Este, impaciente por quedarse solo, movía y removía papeles de un lado a otro de la mesa de nogal; el otro, sentado en el sillón de lectura de su anfitrión, devoraba aquel artículo tan bien escrito como insólito en su contenido.

De vez en cuando, Capellán levantaba la vista y posaba sus ojillos azules miopes en Ávalos, pestañeaba y volvía a enfrascarse en las páginas de la revista. El maestro aguardaba el fin de aquella lectura con ansiedad. Estaba seguro de que Capellán sería incapaz de establecer la relación que a él se le había venido a la cabeza entre uno de los episodios que se narraban en el artículo, el comentario que el propio Capellán había hecho sobre la hoz del Huécar y la hermética misiva firmada por Nemo.

Y resultó estar en lo cierto. La lectura de Capellán no fue más allá de lo que tenía delante de sus narices: que Jules-Gabriel Verne Allotte (el articulista escribía el nombre del novelista en su versión francesa) tuvo una vida amorosa más agitada de lo esperado. Una vida sentimental a la que algunos biógrafos dan comienzo con la pasión que, afirman, un Verne quinceañero sintió hacia su prima Caroline Tronson, hija

de la hermana de su madre. La muchacha fue la inspiración para varios poemas^{*}, amén de ser la primera que quebró el corazón de Jules al casarse con un petimetre negociante llamado Émile Dezaunay.

El segundo desengaño, pudo leer Capellán, se llamó Herminie, una muchacha cuatro meses más joven que Jules a la que él dedicó un puñado de poemas abominables^{**}. Pero aquellos versos infantiles y edulcorados no sirvieron de nada ante la inflexible postura del padre de Herminie, un ricachón terrateniente que la llevó del brazo al altar para casarla con alguien de más pedigrí que el hijo de un simple procurador, como era Pierre Verne, el padre de Jules.

Capellán alzó de nuevo los ojos para buscar los de Ávalos al enterarse de que Verne, siendo estudiante de Derecho en París, exhibió una jocosa militancia contra el matrimonio engrosando las filas del llamado Club de los Vírgenes Necios (o Los Once sin mujeres). Descubrió que en aquella singular hermandad Jules destacó como autor de poemas picantes. Pero aquella soltería suya se quebró de la noche a la mañana tras asistir en Amiens a la boda de un amigo suyo llamado Auguste Lelarge. El artículo recogía el impacto que causó en Verne aquella ciudad situada a unos cien kilómetros al norte de París, así como la fiebre que de pronto le entró al futuro escritor por casarse. Aquellos pensamientos los compartió con su madre en una carta fechada el 24 de mayo de 1856, cuyo principal meollo, naturalmente, citaba Ávalos^{***}. Y así fue como de una boda salió otra boda.

* Por ejemplo, el titulado *Titubeos* (nota de G. G. Ávalos en su artículo).

** Como el titulado *Las hijas del aire*, con versos como los siguientes: «Soy rubia, soy deliciosa, / soy alada y vaporosa» (nota de G. G. Ávalos en su artículo).

*** «Quiero casarme, debo casarme, tengo que casarme. Es imposible que esté todavía sin fundir la mujer destinada a quererme, como dijo Napoleón en el puente de Monttereau». Fuente: Herbert Lottman. *Jules Verne*, Anagrama, Barcelona, 1998 (nota de G. G. Ávalos).

Ávalos explicaba en aquel artículo que el amigo de Jules había contraído matrimonio con Aimée de Viane, que tenía por hermana a una joven viuda de muy buen ver llamada Honorine de Viane. La muchacha deslumbró al joven Jules, y él hizo lo que mejor se le daba: escribir una carta sobre el caso*. Ni siquiera el hecho de que Honorine tuviera dos hijas (Suzanne y Valentine) amedrentó a Verne. ¡Quién lo hubiera dicho unos meses antes, cuando Jules se burlaba del matrimonio junto a los demás Vírgenes Necios!

No han faltado estudiosos que han visto en la súbita conversión del joven Verne el deseo de asegurarse gracias a la joven viuda una estabilidad económica que le permitiera escribir. Pero lo cierto es que no fue así. Antes al contrario, se procuró un nuevo oficio: corredor de Bolsa. Y para ello debió de contar con la colaboración del hermano de la novia, Ferdinand de Viane, que ejercía esa profesión en París, y con la de su propio padre, a quien Verne solicitó apoyo financiero para poner en marcha su nueva vida laboral**.

Según Capellán leyó en aquella revista, el 10 de enero de 1857, con veintinueve años, Verne fue directo al matadero. Y se cuenta que, con el propósito de escapar de las chanzas y pullas de sus antiguos correligionarios del ya citado club de solterones, Verne hizo correr rumores contradictorios sobre el lugar del enlace.

Al parecer, la treta surtió efecto y los conocidos de París fueron a Amiens, y los de Amiens a Nantes. Pero el úni-

* «¡Estoy casi seguro de haberme enamorado de la joven viuda de veintiséis años!». H. Lottman, *op. cit.* (nota de G. G. Ávalos).

** Verne se carteo con frecuencia con su padre sobre este tema solicitando un préstamo que le permitiera abrirse camino como corredor de Bolsa. Su padre se mostró reacio, aunque no tanto como cuando supo que su hijo había comenzado una carrera literaria en París que, según su criterio, no lo conduciría a otra parte que no fuera la miseria. Para lograr el préstamo, Verne llegó a escribir a su padre: «No abandono la literatura, pero, si es necesario, estoy dispuesto a arrinconarla durante un año...». H. Lottman, *op. cit.* (nota de G. G. Ávalos).

co que no pudo huir fue el propio interesado, a quien se vio camino del Gólgota, colina lúgubre esta que aquel día adoptó la caprichosa forma de la alcaldía del tercer distrito de París, donde tuvo lugar la parte civil del ritual, y luego el semblante torvo de la iglesia de Saint-Eugène.

El artículo recogía algunos detalles curiosos sobre aquella boda, como el hecho de que el padre de Verne se enojara profundamente porque la ceremonia no solo se redujo a un puñado de invitados, sino que su hijo osó aparecer luciendo un frac blanco y guantes negros. Por su parte, Honorine acudió adornada con un vestido con cuello de encaje.

En los retratos de la boda, atribuidos por algunos biógrafos al fotógrafo Delbarre, los contrayentes aparecen por separado. El joven abogado luce una hermosa barba con la que, tal vez, pretendía ocultar las huellas que había dejado en su rostro el violento tratamiento que le aplicaron para combatir las parálisis faciales que padeció en sus tiempos de estudiante parisino*. En cuanto a Honorine, podemos decir que se muestra demasiado reflexiva en las instantáneas, como si no estuviera segura de haber hecho lo correcto al casarse por segunda vez.

Y tal vez el presentimiento de Honorine fuera cierto. Las novelas de Verne están repletas de hombres solteros. Sus héroes en pocas ocasiones se ven atrapados por el lazo del compromiso matrimonial. Ahí estaba el caso, recordaba el artículo, de Clovis Dardento, cuyo nombre da título a una de las obras de Jules Verne**, a quien se describe como un sol-

* Además de frecuentes diarreas y dolores de estómago, según cuenta Verne en su abundante correspondencia con sus padres, padeció ataques de parálisis facial periódicas desde el otoño de 1851. Y a todas esas enfermedades reales se sumaba su hipocondría galopante, que le llevaba a ver fantasmas donde no los había, como cuando se veía a sí mismo víctima del cólera: «Así que ya tenemos el cólera en París y me acosan no sé qué temores de enfermo imaginario» (nota de G. G. Ávalos).

** Novela publicada en 1896.

tero para quien «jamás la luna de miel se hubiera levantado en el horizonte». Y no quería decir eso que no le gustasen las mujeres. De hecho, no han faltado exegetas que han visto un juego de palabras sexual en el apellido del personaje («dardo ardiente»).

¡Y qué decir del maestro Antifer!*, de quien Verne escribe que, siendo un solterón empedernido, se vio puesto ante el «paredón del matrimonio». Y no eran los únicos personajes vernianos que emergían como solterones militantes. Todo el mundo recuerda al impagable Passepartout de *La vuelta al mundo en ochenta días*** , quien al saber de las costumbres de los mormones lamentó profundamente la suerte de los hombres de esa confesión, los cuales podían verse terriblemente rodeados por varias esposas.

En el fondo, parecía que Verne no estaba cómodo en el matrimonio y expresaba esas dudas en sus novelas. Tal vez por eso en el futuro se encerraría durante horas en su guarida, en su estudio de escritor, o se haría a la mar en su barco.

Pero ¿eso era todo? ¿Dónde estaba la chispa de lo inesperado en aquel artículo cuya lectura entretenía a Capellán para desesperación de Ávalos?

En realidad, la gracia venía después de aquel matrimonio que dio por único fruto un hijo al que llamaron Michel Jean Pierre Verne y que asomó su nariz al mundo en la noche del 4 al 5 de agosto de 1861, cuando Jules tenía treinta y tres años. La parte interesante del artículo, la que más veces hizo levantar la mirada de Capellán en busca del rostro de Ávalos, tenía que ver con las diferentes teorías sobre los amores secretos del creador del capitán Nemo. Como, por ejemplo, la supuesta relación extramatrimonial con una tal Estelle Duchesne, a quien algunos biógrafos de Verne atribuyen la de-

* *Las maravillosas aventuras del maestro Antifer* se publicó en 1894.

** Publicada inicialmente por entregas en 1872.

cisión que tomó el escritor en 1865 de mandar a Honorine y a sus hijas a Le Crotoy, una aldea de la bahía del Somme que la familia frecuentaba. Mientras ellas estaban allí, él iba a París periódicamente, tal vez porque Estelle estaba enferma (y de hecho falleció en diciembre de aquel año). Incluso algunos han pretendido ver en ella la fuente de inspiración en la que Verne bebió para crear el fascinante personaje femenino de *El castillo de los Cárpatos**.

El segundo dato insólito que se encontró Capellán fue la especulación sobre pederastia que planeaba como una sombra sobre Verne.

No faltan quienes recuerdan que las mujeres no tienen apenas protagonismo en las novelas del bretón, y de ahí han deducido una posible homosexualidad que ejemplifican en una supuesta relación con el político Aristide Briand cuando este no era más que un joven compañero de estudios de Michel, el hijo de Verne, en Nantes**.

El último episodio que recogía el artículo era una historia fascinante protagonizada por una rumana llamada Luise Teutsch-Müller. Se contaba que había llegado a Amiens del brazo de un acaudalado suizo alemán, que tenía alrededor de treinta años y que a todos los hombres dejaba boquiabiertos. Y, para suerte de Jules, resultó que era amiga de Suzanne, una de las hijas de Honorine.

Probablemente nunca se sabrá si Verne, que frisaba por entonces la cincuentena, tuvo algún lío de faldas con ella,

* El personaje femenino al que se refiere el artículo de Ávalos es la cantante de ópera La Stilla, nombre muy parecido a Estelle. *El castillo de los Cárpatos* se publicó en 1892.

** Marc Soriano sostiene que Verne era bisexual, y que su homosexualidad latente se advierte en las novelas, donde las mujeres apenas son personajes anecdóticos mientras que es frecuente que aparezcan jovencitos audaces. No obstante, otros investigadores creen que esos jóvenes representan en realidad al hijo que Verne hubiera querido tener, dado que a lo largo de su vida tuvo serios problemas con Michel (nota de G. G. Ávalos).

pero no faltan opiniones que la hacen competir con Estelle Duchesne como fuente de inspiración para el personaje de La Stilla, o incluso para una rumana llamada Zinca Klork que se menciona en la novela *Claudio Bombarnac**.

Pero lo mejor era la historia con la que Ávalos cerraba su escrito. Al parecer, se contaba que Luise regresó a Bucarest para dar a luz a una niña a la que llamaron Eugénie Jeannette. Y se añadía que siendo una quinceañera Eugénie regresó a Amiens con el propósito de estudiar enfermería. Y como quiera que en Bucarest era conocido que su madre se enorgullecía al mostrar a las visitas cuatro maquetas de barco que, aseguraba, le había regalado Jules Verne, el afamado novelista, muchos se hicieron en voz alta la siguiente pregunta: ¿sería posible que Verne hubiera tenido relaciones en secreto con aquella mujer y que ella hubiera concebido una hija?

Cuando Capellán concluyó la lectura del artículo estaba muy lejos de suponer que aquel interrogante era el menos extraordinario de cuantos adornaban la vida de Verne. El periodista levantó la nariz y con ella hicieron lo propio sus lentes de diseño. Había admiración en su mirada cuando tropezó con los ojos de Ávalos.

—Usted nunca dejará de sorprenderme. —Por un instante deseó levantarse de aquel sillón, coger el cuello del maestro entre sus manos y exigirle, bajo la amenaza de estrangularlo sin más preámbulos, que le contara todo lo que sabía no solo sobre Verne, sino sobre las miles de historias seductoras que aquel viejo parecía guardar bajo llave—. Y qué casualidad que al poco tiempo de publicarse este artículo le envíen a usted esa nota incomprensible firmada por alguien que dice ser Nemo, ¿no cree?

* Publicada por entregas, como era habitual, antes de su aparición como libro, a lo largo de 1892.

Ávalos había dejado de mover los papeles que tenía sobre la mesa y luchaba por contener su deseo de comprobar de inmediato si la idea que había tenido en el puente de San Pablo serviría para destripar la nota de marras, pero para entregarse a ese ejercicio era imprescindible no cometer ningún error en la respuesta a la pregunta que le acababa de formular su acompañante. Debía lograr que Capellán se marchara cuanto antes, para lo cual era preciso medir muy bien qué decir a ese comentario. Tras unos segundos de reflexión eligió las siguientes palabras:

—Para ser sincero, no me cabe la menor duda de que una cosa y otra están relacionadas. —Carraspeó suavemente antes de añadir—: Aunque tal vez sea la típica broma de alguno de esos adalides de la mal llamada ciencia que acostumbran a sembrar de trampas nuestras investigaciones para que cometamos alguna torpeza. No sería la primera vez, como bien sabes.

Por supuesto que Capellán lo sabía. Sabía que bajo el paraguas de la ciencia se ocultaban en ocasiones inquisidores dispuestos a sembrar en Internet o en cualquier gacetilla de poca monta la chanza y el desprestigio sobre quienes, como él o como Ávalos, se dedicaban a la caza y captura del misterio. De acuerdo, era cierto que muchos de los artículos que él mismo había escrito no resistían el menor análisis serio y que le había puesto en bandeja muchas veces a sus críticos el que pudieran fusilarlo en cualquier blog, pero no era menos verdad que resultaba patético que aquellos tipos consumieran buena parte de su vida en acechar los errores ajenos.

—Si al menos les importara de verdad la ciencia —comentó Capellán.

—Debe de ser triste carecer de luz propia y que el mundo sepa de tu existencia solo porque reflejas pálidamente la luz que emiten aquellos a los que criticas —sentenció Ávalos.

No obstante, la posibilidad que había avanzado el veterano escritor de que tal vez aquella carta fuera el cebo lanzado por algún crítico para ver si el maestro jubilado metía o no la pata dando a conocer alguna teoría delirante de las suyas en las páginas de cualquier revista logró el propósito que Ávalos perseguía cuando hizo aquel comentario. Sabía que Capellán había sido corneado en varias ocasiones por algunos de aquellos personajillos que vigilaban cada línea de sus reportajes buscando los errores que, inevitablemente, todos cometemos en mayor o menor medida.

—¿Sabe lo que le digo? —Capellán se levantó del sillón, miró a su alrededor y dirigió el resto de su reflexión a las montañas de libros que dormitaban en las estanterías de Ávalos—. ¡Que les den por el culo a los inquisidores! ¡Que se jodan y sigan viviendo sus patéticas vidas! —Se ajustó las lentes sobre la nariz, se pasó la mano por el cabello rubio y revuelto, y anunció—: Debo marcharme. Se me ha hecho tarde. Al menos ya voy comido.

Ávalos sonrió imperceptiblemente. El miedo a que todo aquello fuera una trampa urdida por los críticos había espantado a Capellán, como había supuesto.

—De todos modos, ya me contará si encuentra usted algo en ese papel.

El maestro le dijo que sí, que por supuesto sería el primero en saberlo. Instantes después, despidió a su visitante, cerró la puerta y se sintió al fin a solas con su idea.

Sin perder un solo segundo, regresó a su estudio y rebuscó entre los libros que había consultado para elaborar aquel artículo sobre los amoríos conocidos y supuestos de Julio Verne. Aquel comentario pueril de Capellán mientras cruzaban el puente de San Pablo le había hecho recordar algo que había leído durante el proceso de recopilación de información sobre el Verne adolescente. «Si nos precipitáramos

desde aquí solo un milagro nos salvaría. Y, ya puestos a pedir aventuras, podríamos caer en una barca, en una balsa o algo así para navegar un rato. Algo muy del gusto de Julio Verne», había dicho Capellán mientras miraba al fondo del barranco. «Una barca, una balsa o algo así para navegar», repetía para sí Ávalos mientras trajinaba con los libros. «Algo muy del gusto de Verne». Y de pronto lo encontró: allí estaba lo que buscaba.

Verne había nacido a las doce de la mañana del 8 de febrero de 1828 en el casco antiguo de Nantes, en la llamada isla de Feydeau*, así conocida porque se trataba de un grupo de edificaciones que se alzaban en medio de los brazos que el curso del río Loira dibujaba a su paso por la ciudad. Se diría una pequeña ciudad construida sobre bancos de arena y separada del resto de Nantes por lenguas de agua dulce.

El joven Verne se pasaba días enteros contemplando los barcos, curioseando por los muelles de una ciudad que, a pesar de estar situada a cuarenta kilómetros del océano, tenía una enorme actividad portuaria gracias a la profundidad y anchura del Loira a su paso por ella. El llamado «comercio triangular», que no era sino un eufemismo con el que se trataba de disimular el comercio de esclavos, tenía en Nantes su punto fuerte**.

Ávalos leyó apresuradamente, buscando la mención exacta que las palabras de Capellán le habían hecho recordar. Repasó cómo la fascinación de Verne por los viajes lo lle-

* Esa zona de la ciudad debe su nombre al intendente de Bretaña Feydeau de Brou, quien levantó acta del acto de compra de aquellos terrenos en 1723 por parte de casi un centenar de comerciantes de Nantes al único dueño del terreno, un molinero llamado Grogart. Sobre los terrenos de aluvión, los comerciantes construyeron unas viviendas de lujo que hablaban del esplendor que vivía el comercio en aquella época en la ciudad.

** Los barcos hacían una ruta de Europa a África transportando pacotilla. En África las bodegas se llenaban de esclavos y los navíos partían hacia América con aquel vergonzoso cargamento para regresar después a Europa con algodón, azúcar y otros productos propios de aquel continente.

vó a idear siendo niño el proyecto de navegar por el Loira en una endeble embarcación que terminó por hundirse y él ganó a duras penas un islote de arena en medio del río. Desde entonces, la pasión del muchacho por el mito de Robinson no tuvo límites y lo utilizó en numerosas novelas.

Pero lo que le interesaba a Ávalos era una frase que había leído en aquellos libros en la que se mencionaba que tal vez el hecho de haber nacido en medio del río, o haber naufragado en él, habían sido la inspiración para algunos de sus relatos en los que las embarcaciones tenían papel estelar. La isla de Feydeau, leyó al fin, no era sino una gigantesca jangada.

— ¡Dios bendito! — exclamó Ávalos —. *¡La jangada!*

Se levantó con más agilidad de la que se suponía en un hombre de su edad que se recuperaba aún de un infarto y se acercó a una de aquellas estanterías repletas de libros. Sus dedos huesudos acariciaron el lomo de varios tomos hasta detenerse en uno de color rojo.

*La jangada. 800 leguas por el Amazonas**. Al maestro le temblaban las manos cuando abrió las páginas de aquella novela publicada en 1881. Si Capellán hubiera sido tan inteligente como creía ser, habría caído en la cuenta de qué tenía que ver aquella historia con la nota firmada por el misterioso Nemo.

La aventura escrita por el novelista bretón aparentemente no guardaba relación con el caso, pues comenzaba el 4 de marzo de 1852 en los grandes bosques del Alto Amazonas. Sin embargo, un lector avezado hubiera podido ver la sombra de Edgar Allan Poe, uno de los autores más admirados por Verne, desde las primeras líneas, cuando aparece un simio, un guariba, que roba una cajita metálica a Torres,

* La jangada es una embarcación utilizada en aquella región del mundo para navegar por el Amazonas. Se trata de una enorme balsa, que en el caso de Verne se convierte en una especie de isla flotante, algo muy de su agrado. La novela se publicó en 1881.

el malvado protagonista de la historia. Aquel guariba era el primer homenaje que Verne hacía a Poe en *La jangada*, pues el simio recordaba el papel estelar que otro animal de la misma especie tuvo en *Los crímenes de la calle Morgue**.

El segundo y gran homenaje a Poe tenía que ver con los textos escritos utilizando enrevesadas claves, una literatura que Poe había llevado hasta la excelencia en *El escarabajo de oro*** . Ávalos había subrayado en su momento algunas frases de la novela que ahora tenían para él un nuevo significado: «Los textos cifrados viene a ser como las cerraduras de los grandes bancos, que admiten incontables combinaciones». Una frase que alcanzaba todo su sentido cuando los protagonistas descubren, tras muchas peripecias entre las que se incluía un viaje increíble a bordo de una jangada por el Amazonas, que aquella caja contenía un mensaje absolutamente incomprensible. Y, ante su desesperación, entienden que solo descifrando aquel galimatías podrían salvar la vida de Juan Garral, protagonista de la novela que había sido condenado a muerte por un crimen que no había cometido.

De una manera aparentemente fortuita, un barbero llamado Fragoso da la pista al juez Jarríquez, aficionado a los criptogramas, para resolver el misterio.

Al contemplar el críptico mensaje de *La jangada* y co-tejarlo con el que él mismo había recibido, Ávalos abrió los ojos desmesuradamente. Tomó un folio en blanco y dispuso sobre él las letras del abecedario excluyendo la Ñ, pues esta no existe para los franceses y presumió que el desconocido

* *The Murders in the Rue Morgue* es un cuento escrito por Edgar Allan Poe y publicado en la revista *Graham's Magazine*, de Filadelfia, en 1841. Narra los asesinatos de unas mujeres en París. El detective Auguste Dupin trata de esclarecer lo ocurrido llegando a una increíble conclusión: un simio había sido el autor de los crímenes. La historia, como era propio del estilo de Poe, está trufada de misterio, terror y un estilo absolutamente incomparable.

** En esa obra, publicada en 1843, se narra la búsqueda de un tesoro a partir de la interpretación de un texto cifrado.

Nemo habría seguido punto por punto el método que Verne había empleado en su novela.

«Vamos a ver si tengo la misma suerte que el juez Jarríquez», se dijo Ávalos mientras comenzaba a trabajar del mismo modo en que lo hacía el personaje verniano.

Cuando la suerte de Juan Garral parecía perdida, de manera fortuita el juez obtuvo en aquel enjambre de letras sin sentido un apellido: Ortega. Luego, lo aplicó al final del texto, en el lugar donde suponía iría la firma del autor del mismo. De modo que la cosa quedó así:

S U V J H D
O R T E G A

—Lo que hizo el juez Jarríquez fue contar hacia atrás para descubrir cuántas veces debía hacerlo para llegar desde la S hasta la O —dijo en voz alta Ávalos al tiempo que marcaba con un lapicero las letras del abecedario que había escrito en el folio. Así comprobó que la letra O era la cuarta si se contaba hacia atrás desde la S. Después, repitió igual operación con las demás hasta que tuvo una serie de seis números, y los pronunció orgulloso —: 4 3 2 5 1 3.

Siguiendo aquel sistema, aplicándolo a cada grupo de seis letras, Jarríquez descifró el mensaje en *La jangada*, y Ávalos se dispuso a comprobar si era cierta su corazonada. De modo que emuló a Jarríquez y agrupó el texto de Nemo en bloques de seis letras. A continuación, contó hacia atrás el número de veces que correspondía a cada letra (4 para la primera; 3 para la segunda; 2 para la tercera; 5 para la cuarta; 1 para la quinta, y 3 para la sexta), para ver su equivalente en el abecedario. Al cabo de unos minutos, sus ojos azules sonrieron. Creía haber superado el reto que le proponía su desconocido confidente:

LEI SU A — RTICUL — O SOBRE — VERNE. S — ABRE SI —
PUEDO C — ONFIAR — EN USTE — D SI INT — ERPRET
— A ESTE M —
ENSAJE. — ESCRIB — A OTRO A — RTÍCUL — O SOBRE
—
ESTA CI — FRA Y RE — CIBIRÁ — UN TESO — RO: EL MA
— YOR SEC — RETO DE — J VERNE

Cualquier otro que no fuera Ávalos habría pensado que todo aquello era una broma estúpida. Pero a él no le pareció obra de ninguno de los lamentables personajes que pretendían dar sentido a sus vidas siendo los vigilantes de los escritos del prójimo. Algo en su interior le dijo que no estaba ante la charada diseñada con mala fe por un mal nacido. Un estremecimiento muy familiar para él salió a su encuentro. Una inquietud que cualquier otro no habría sabido interpretar correctamente. Pero él sí.

Aquella excitación solo la habría podido ignorar alguien que, al contrario que Ávalos, no hubiera tenido una biblioteca repleta de obras sobre templarios, lugares donde presuntamente reposa el Arca de la Alianza, cábala, astrología, profecías, caprichosos círculos aparecidos en los campos de cereales de Gran Bretaña, parajes donde se puede sentir terror, las más extraordinarias conspiraciones históricas de todos los tiempos, casas encantadas o platillos volantes en la antigüedad. Alguien así, alguien como Ávalos, que creía a pies juntillas que las claves para encontrar el Santo Grial estaban ocultas en la catedral de Cuenca, no habría dudado en que el destino le había puesto tras una pista extraordinaria, y se prometió a sí mismo que la seguiría hasta el final.

Fue así como decidió ponerse manos a la obra de inmediato y seguir el dictado que le marcaba aquella nota ahora ya no tan hermética. Un par de días después tenía termi-

nado un nuevo artículo que no tardó en publicarse en la misma revista en la que habría aparecido su reportaje sobre los amores de Verne. En esta ocasión, su prosa descubría para el lector la influencia que Edgar Allan Poe había tenido en la literatura del bretón, además de hacer un atinado análisis de los mensajes crípticos con los que con frecuencia se iniciaban las novelas vernianas, y deteniéndose especialmente en describir los vínculos entre *La jangada* y *El escarabajo de oro*.

Tres días más tarde de la publicación del artículo un anónimo mensajero dejó en el buzón de Ávalos la primera entrega de un insólito documento, un testimonio que, de ser cierto, arrojaba luz sobre rincones oscuros de la biografía de Verne. La información no iba cifrada, pero sí aparecía en el sobre la misma desconcertante firma: Nemo.

Lo que aquellos documentos revelaban, pensó Ávalos, no podía ser una invención. Lo que el tal Nemo le enviaba tenía que ser cierto. Debía serlo.

Para alguien como Ávalos fue sencillo creer tal cosa, pues estaba convencido de que la gente común vivía en un mundo irreal, aunque en su ceguera pensaban que el loco era él; él, que andaba buscando la Mesa de Salomón en pasajes subterráneos de Toledo, que creía que los canteros medievales habían ocultado en sus símbolos gremiales pistas de un gigantesco acertijo y que existían poderes ocultos que dirigen nuestras vidas.

Una persona diferente se hubiera interrogado sobre la autenticidad de aquella información antes de dejar volar su imaginación. ¿Quién podía probar que lo que allí se refería era cierto y no pura invención de un loco o un bromista?

Ávalos se saltó esa parte y abrazó la idea de que estaba ante una historia extraordinaria. Pero ¿cómo podía dar a conocer al mundo la increíble información que Nemo ponía en sus manos sin parecer aún más loco de lo que ya se presupo-

nía que era? Fue entonces cuando desestimó el ensayo. Había que hacer correr la voz de un modo más sutil, y la mejor manera era que todo pareciera una simple fantasía, exactamente igual que hizo Verne. Quien tuviera ojos para ver vería, decidió. Y así fue como por vez primera en su vida Gerardo García Ávalos se lanzó a la aventura de escribir una novela.

Desde entonces, todas las semanas, puntualmente, alguien dejaba en su buzón la nueva entrega de la información que Nemo le confiaba. Pero la gran sorpresa había llegado en la última carta, en la que su confidente le anunciaba que ambos corrían un gran peligro y que lo había elegido a él, a Ávalos, porque sabía de su pasión por el conocimiento de episodios históricos sin resolver. Al parecer, quienquiera que fuera Nemo, sabía muchas cosas sobre Ávalos, sobre su pericia como investigador y sobre su probada honestidad. Por esas razones, Nemo había decidido confiarle cuanto sabía. Se trataba de una información peligrosa, y advertía sobre la existencia de personas muy influyentes que no permitirían que aquella historia saliera a la luz. Debían verse personalmente para entregarle en mano el último capítulo del relato, la clave de bóveda con la que descubriría cuál era realmente el secreto que Jules Verne ocultó durante buena parte de su vida. Había llegado la hora, le anunciaba Nemo, de que supiera leer lo que ocultaba la tumba de Julio Verne.

Ávalos miró una vez más hacia la calle Alfonso VIII, totalmente untada ya de oscuridad. El viento arreciaba y no había apenas peatones. Pasó un coche en dirección a la plaza Mayor, vio a una mujer entrar en La Alacena, y por la acera opuesta —la de los números impares— pasó de nuevo el hombre del sombrero que le había llamado la atención mi-

nutos antes, pero entonces Ávalos vio a Capellán subir calle arriba y olvidó al desconocido.

Miró el reloj de bolsillo. Las ocho de la tarde. A Ávalos le gustaba cenar pronto, y temió que esa costumbre, precisamente en un día tan señalado para él como el 5 de noviembre, se tambalease con la verborrea de Miguel Capellán.